

GEORGES SIMENON

LA NOCHE
DE LA ENCRUCIJADA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE CARIDAD MARTÍNEZ

BARCELONA 2017




A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *La nuit du carrefour*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

LA NUIT DU CARREFOUR © 1931 by Georges
Simenon Limited, todos los derechos reservados
«La noche de la encrucijada» © 2017 by Georges
Simenon Limited, todos los derechos reservados
GEORGES SIMENON ®  Simenon.tm, todos los derechos reservados
MAIGRET ® Georges Simenon Limited, todos los derechos reservados
© de la traducción, 2017 by Caridad Martínez González
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, Madrid (c. 1953), fotografía de F. Català-Roca

ISBN: 978-84-16748-32-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 1363-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

EL MONÓCULO NEGRO

Cuando Maigret, con un suspiro de cansancio, apartó la silla del escritorio en el que estaba acodado, hacía exactamente diecisiete horas que duraba el interrogatorio de Carl Andersen.

Por las ventanas sin visillos, habían ido viendo, cada cosa en su momento, a la multitud de modistillas y empleados asaltar, a mediodía, los bares de la place Saint Michel, luego bajar la animación, la avalancha de las seis hacia las bocas del metro, y el paseo tranquilo de la copa vespertina...

El Sena estaba envuelto en una neblina. Había pasado un último remolcador, con luces verdes y rojas, arrastrando tres gabarras. El último autobús. El último metro. El cine había echado el cierre tras retirar los carteles de anuncio.

Y la estufa parecía resoplar más fuerte en el despacho de Maigret. Sobre la mesa, había cervezas vacías y restos de bocadillos.

Debió de haber un incendio en algún sitio, porque habían oído pasar a los escandalosos coches de bomberos. Hubo también una batida. El coche celular salió a eso de las dos de Prefectura, y volvió luego por la entrada que lleva a los calabozos, donde descargó el botín.

El interrogatorio proseguía. Cada hora, o cada dos, según cómo estuviera de cansado, Maigret pulsaba un timbre. El brigada Lucas, que echaba cabezadas en un despacho contiguo, entraba, echaba un vistazo a las notas del comisario, y le relevaba.

Y Maigret iba a echarse en un camastro para volver a la carga con nuevas energías.

No había un alma en Prefectura. Algún que otro movimiento en la Brigada de Costumbres. Un camello que trajo un inspector hacia las cuatro de la madrugada y al que enjauló inmediatamente sin más contemplaciones.

el Sena se cubrió de una aureola de niebla lechosa que fue haciéndose más y más blanquecina, y de pronto se hizo de día, alumbrando los muelles vacíos. Resonaron pasos por los pasillos. Timbres de teléfono. Llamadas. Algún portazo. Las escobas de las mujeres de la limpieza.

Y Maigret, dejando la pipa demasiado caliente en la mesa, se levantó, y miró al detenido de pies a cabeza con un mal humor no exento de admiración.

¡Diecisiete horas de duro interrogatorio! Previamente, le quitaron al hombre los cordones de los zapatos, el cuello postizo de la camisa y la corbata, y le vaciaron los bolsillos.

Las cuatro primeras horas, le tuvieron de pie en mitad del despacho, y las preguntas caían como ráfagas de ametralladora.

—¿Tienes sed?

Maigret iba por la tercera cerveza y el detenido esbozó una sonrisa desvaída. Bebió ávidamente.

—¿Tienes hambre?

Le rogaron que se sentara, y luego que volviera a levantarse. Llevaba siete horas sin comer y empezaron otra vez a acosarle mientras devoraba un bocadillo.

Eran dos turnándose para interrogarle. Entre sesión y sesión, ellos podían echar alguna cabezada, estirarse, evadirse de aquel obsesivo y monótono interrogatorio.

¡Y eran ellos los que abandonaban! Maigret se encogió de hombros, y se puso a buscar una pipa fría en un cajón, secándose la frente húmeda.

Quizá lo que más le impresionaba no era la resistencia

física o moral del hombre, sino su desconcertante elegancia, la distinción que conservaba hasta el final.

Un hombre de mundo que sale de la sala de registro sin corbata, y se pasa luego una hora, completamente desnudo, con cien malhechores, en las dependencias de la Policía Científica, llevado de acá para allá entre la cámara fotográfica y los aparatos de medir, recibiendo empujones, y teniendo que soportar las bromas humillantes de algunos compañeros, raramente conserva ese aplomo que, en la vida privada, forma parte de su personalidad.

Y tras un interrogatorio de varias horas, será un milagro si algo le distingue de un vagabundo cualquiera.

Carl Andersen no había cambiado. Pese al traje lleno de arrugas, seguía siendo de una elegancia que la gente de la Policía Judicial raras veces tiene ocasión de apreciar, una elegancia de aristócrata, con ese punto de contención, de envaramiento, ese algo de arrogancia que es patrimonio sobre todo de ambientes diplomáticos.

Era más alto que Maigret, ancho de hombros, pero flexible y delgado y estrecho de caderas. La cara, alargada, era pálida, y los labios algo desvaídos.

Llevaba un monóculo negro en el ojo izquierdo.

—Quíteselo—le ordenaron.

Obedeció con un asomo de sonrisa. Quedó al descubrir un ojo de cristal, desagradablemente fijo.

—¿Un accidente...?

—Sí, de aviación...

—¿Estuvo pues en la guerra?

—Soy danés. No tuve que ir a la guerra. Pero tenía un avión de recreo, allí...

Aquel ojo artificial les resultaba tan incómodo, en una cara joven, de rasgos regulares, que Maigret rezongó:

—Puede ponerse el monóculo...

Andersen no se había quejado una sola vez, ni cuando le hacían permanecer de pie, ni cuando se olvidaban de darle de beber o de comer. Desde donde estaba, percibía el movimiento callejero, los tranvías y los autobuses que cruzaban el puente, un rojizo rayo de sol, hacia el atardecer, y en aquel momento la animación de una clara mañana de abril.

Seguía manteniéndose erguido, sin afectación, y la única señal de cansancio era la fina y profunda ojera del ojo derecho.

—¿Se ratifica en todos los puntos de su declaración?

—Me ratifico.

—¿Se da cuenta de su inverosimilitud?

—Me doy cuenta, pero no puedo mentir.

—¿Espera ser puesto en libertad, a falta de pruebas formales?

—No espero nada.

Un poco de acento, más perceptible desde que estaba cansado.

—¿Se acoge al derecho de oír el acta de su interrogatorio, antes de firmarla?

Un vago ademán de hombre de mundo que rechaza una taza de té.

—Se la resumiré a grandes rasgos. Llegó usted a Francia, hace ahora tres años, en compañía de su hermana Else. Vivieron un mes en París. Luego alquilaron una casa de campo en la carretera nacional de París a Étampes, a tres kilómetros de Arpajon, en el lugar conocido como La Encrucijada de las Tres Viudas.

Carl Andersen asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Desde hace tres años viven allí en el más estricto aislamiento, hasta el punto de que la gente del lugar no ha visto

ni cinco veces a su hermana. Ninguna relación con sus vecinos. Compró usted un coche de cinco caballos de vapor, de un modelo pasado de moda, que utiliza para hacer personalmente la compra en el mercado de Arpajon. Todos los meses, siempre en ese coche, viene usted a París.

—A entregar mi trabajo en la casa Dumas et Fils, en la rue du 4-Septembre, ¡correcto!

—Trabajo que consiste en diseñar telas de tapicería. Por cada diseño le pagan quinientos francos. Hace usted por término medio cuatro al mes, o sea dos mil francos...

Nuevo signo de aprobación.

—No tiene usted amigos. Su hermana no tiene amigas. El sábado por la noche, se retiraron a dormir como de costumbre hacia las diez. Y como de costumbre, encerró usted a su hermana en su habitación, contigua a la suya. Lo justifica usted afirmando que es muy miedosa... ¡bueno, dejémoslo...! A las siete de la mañana, el domingo, el señor Michonnet, agente de seguros, que vive en un chalet a cien metros de la casa de ustedes, entra en su garaje y se da cuenta de que su coche, un seis cilindros nuevo, de una conocida marca, ha desaparecido, y en su lugar se encuentra el cacharro de usted...

Andersen no se inmutó, hizo un gesto maquinal hacia el bolsillo vacío donde habitualmente debía de llevar los cigarrillos.

—El señor Michonnet, que llevaba varios días sin hablar más que de su coche nuevo por toda la comarca, pensó que sería una broma pesada. Se dirige a la casa de ustedes, encuentra cerrada la verja, y llama sin obtener respuesta. Media hora después cuenta su desgracia en la policía, y ésta se persona también en su domicilio... No le encuentran ni a usted ni a su hermana... y en cambio, en el garaje, ven el coche del señor Michonnet y, en su asiento delantero, a un

hombre muerto, de un disparo a bocajarro en el pecho... No le han robado la documentación... Es un tal Isaac Goldberg, que comercia con diamantes en Amberes...

Maigret añadió combustible a la estufa, sin dejar de hablar.

—La policía abre una diligencia, se pone en contacto con los empleados de la estación de Arpajon, que le habían visto coger el primer tren de París en compañía de su hermana... Y los pescan a los dos a su llegada a la Gare d'Orsay... lo niega usted todo...

—Niego haber matado a nadie.

—Niega también conocer a Isaac Goldberg.

—Lo vi por primera vez, muerto, y al volante de un coche que no es el mío, en mi propio garaje.

—Y, en vez de telefonar a la policía, huye con su hermana...

—Tuve miedo...

—¿No tiene más que añadir?

—¡Nada!

—¿Y se ratifica en que no oyó nada la noche del sábado al domingo?

—Tengo el sueño muy pesado.

Era la enésima vez que repetía exactamente las mismas frases, y Maigret, que ya no podía más, pulsó el timbre. Entró el brigada Lucas.

—¡Vuelvo enseguida!

La entrevista de Maigret con el juez de instrucción Comélieu, al que se adjudicó el caso, duró unos quince minutos. El magistrado abandonaba la partida, como quien dice, por adelantado.

—¡Ya verá como va a ser uno de esos casos de los que

por suerte sólo hay uno cada diez años y en los que nunca se llega al quid del asunto...! ¡Y me ha ido a tocar a mí...! ¡Todos los detalles son incoherentes...! ¿A qué venía eso de intercambiar los coches? ¿Y por qué Andersen no coge el que hay en su garaje para huir, en vez de irse a Arpajon a pie y coger el tren? ¿Y qué se le había perdido a un corredor de diamantes en la Encrucijada de las Tres Viudas...? ¡Créame, Maigret! A usted, como a mí, se nos viene ahora encima toda una serie de complicaciones. Suéltele si le parece... Quizá no se equivoca al pensar que, si ha resistido un interrogatorio de diecisiete horas, no vamos a sacarle nada más...

El comisario tenía los párpados algo irritados, porque había dormido demasiado poco.

—¿Ha visto usted a su hermana?

—¡No! Cuando me trajeron a Andersen, a la chica ya la había llevado a su casa la policía, que quería interrogarla en el lugar de los hechos. Sigue allí. Bajo vigilancia.

Se dieron la mano. Maigret volvió a su despacho, donde Lucas observaba indolentemente al detenido, que había pegado la frente al cristal y esperaba sin impacientarse.

—¡Queda en libertad!—exclamó desde la puerta.

Andersen ni se estremeció, pero esbozó un ademán hacia el cuello desnudo, hacia los zapatos entreabiertos.

—Le devolverán sus pertenencias en el registro. Por supuesto, queda usted a disposición del juez. Al menor intento de fuga le haré llevar a La Santé.

—¿Y mi hermana?

—La encontrará en casa.

El danés debió al menos de sentir cierta emoción al cruzar el umbral, porque se quitó el monóculo, y se pasó la mano por el ojo perdido.

—Gracias, comisario.